



# Mesopotamia

LA INVENCIÓN DE LA CIUDAD

Gwendolyn Leick

neobabilónico daba forma a las ruinas. Sólo se excavó una parte comparativamente pequeña de la ciudad y los primeros estratos, del período Ubaid, apenas se trabajaron. Parecía que durante el cuarto milenio Ur había sido un centro de producción cerámica, dado el vasto depósito de pedazos (conocido como «Gran vertedero de fragmentos») que se iniciaba en tiempos Ubaid, continuaba en el período Uruk y finalizaba en el período Jemdet-Nasr (hacia el año 3000). Se halló un lote de arcilla cocida y evidencias de hornos de cerámica, e incluso un componente de terracota de un torno de alfarería. El «vertedero» también contenía un sello de cilindro y una estatuilla de esteatita que representa a un oso.

Se obtuvo mucha más información de los estratos del tercer milenio. Leonard Woolley quedó particularmente sorprendido por una gruesa capa de lodo puro, de unos dos metros y medio de grosor, que separaba los estratos Ubaid de los que él consideraba «sumerios». Aquí, concluyó el arqueólogo, estaba la evidencia del «diluvio de la historia y la leyenda sumerias, el diluvio en que se basó el relato de Noé». Aunque Woolley señaló que se trataba de un fenómeno local, seguía considerando que podría haber exterminado a los habitantes originarios de la región, dejando un remanente «empobrecido y desalentado... Después llegó a esta tierra casi desierta un pueblo de una nueva raza, que se asentó cerca de las ciudades y aldeas, junto a los antiguos supervivientes... La unión de ambas razas dio como resultado la civilización sumeria».<sup>3</sup> En la reconstrucción histórica de Woolley, este depósito de lodo dividía limpiamente el período de la cultura aborígen antediluviana de la alta cultura sumeria posterior al diluvio, ¡aunque al menos permitía cierto grado de mezcla racial y cultural!<sup>4</sup>

### *Los cementerios y las «Tumbas reales» de Ur*

Los descubrimientos más famosos y espectaculares de Woolley se produjeron en la zona del cementerio que se encuentra en el exterior de las murallas de la antigua población. En el primer cementerio, perteneciente al período Jemdet-Nasr y principios del protodinástico (primer

3. Woolley (1952), pág. 25.

4. Para otros relatos del diluvio y su interpretación, véase la discusión del capítulo 3, págs. 112-114.

tercio del tercer milenio), los muertos se hallaban en fosas, por lo general en posiciones muy flexionadas. El ajuar funerario proporcionó una valiosa información sobre el horizonte cultural de la época.<sup>5</sup> Aunque se encontró cerámica policromada, la importancia del metal era obvia y estaba muy bien trabajado. Se usaba en la elaboración de pendientes de plata, espejos de cobre y bronce, cucharas y alfileres, así como en varios utensilios y recipientes, como cuencos de cobre, o vasos y cuencos de plomo. En fechas posteriores, quizá debido al aumento del transporte marítimo, los cuencos de piedra y las vasijas de esteatita o clorita procedentes del golfo Pérsico sustituyeron a los objetos funerarios de metal. Las cuentas y los adornos de cornalina y lapislázuli indican la existencia de conexiones de larga distancia con Oriente. Aunque no se excavaron restos arquitectónicos de este período, los objetos funerarios sugieren que al menos ciertos sectores de la población de Ur tenían acceso a mercancías de lujo traídas de muy lejos, mientras que el nivel de elaboración del metal y la piedra demostraría familiaridad con el material y un sentido estético muy desarrollado.

Otro de los sondeos extramuros de Woolley reveló ocho estratos continuados de desechos orgánicos, entremezclados con impresiones de sellos. Pertenecían al período protodinástico I. Se halló un número inusual de sellos en las puertas, que se dan aquí por primera vez en la historia de Mesopotamia. En el siguiente nivel, la zona empezó a utilizarse como cementerio, función que conservó hasta tiempos posteriores al acadio. El cementerio contenía más de 2.500 tumbas y parecía contemporáneo al estrato de los sellos.<sup>6</sup> La mayoría de los cuerpos estaban envueltos en esteras de caña; se habían dispuesto en simples fosas, como en el cementerio Jemdet-Nasr, y no todos poseían un ajuar funerario. Fue entre estas modestas tumbas donde Woolley hizo su descubrimiento más famoso, las dieciséis tumbas de la élite que identificó como las «Tumbas reales». Se trataba de verdaderas cámaras, construidas con ladrillos de barro e incluso con piedra, abovedadas y con un ábside al fon-

5. Charvát (1993), págs. 228 y sigs.

6. Véase Pollock (1985), págs. 129-159. Su esquema de datación, basado en un análisis de la cerámica y los sellos, correlaciona los estratos I y II del cementerio real (CR) con el protodinástico (PD) IIIa; CR III con PD IIIb; CR IV con el período protoacadio; CR V con el período acadio a acadio tardío; y CR VI con tiempos postacadios. Esto muestra que el cementerio se utilizó durante unos 600 años, hasta poco antes de la tercera dinastía de Ur.

do; estaban situadas en un profundo foso al que se accedía mediante una rampa. Tras llevar a cabo el principal enterramiento en la cámara, el foso se utilizaba para las ofrendas y posteriormente se rellenaba de tierra.

Una característica singular de estas tumbas era que contenían lo que parecía un cuerpo principal, pero también los cuerpos de hombres y mujeres que Woolley interpretó como «sirvientes» y, tal vez, víctimas de un sacrificio. La riqueza y la calidad de los objetos enterrados con el difunto eran, y siguen siendo, asombrosas. En Mesopotamia nunca se había hallado nada similar. Había un lote de oro y todos los materiales preciosos disponibles en la época: marfil, piedras semipreciosas, bronce (estaño y arsénico) y algunas vasijas de una roca ígnea de gran dureza, de ejecución laboriosa y prolongada. Los hombres estaban acompañados de hachas de mano, dagas, cuchillos, piedras de afilar y tocados de oro elaborados con bandas de metal adornadas con piedras. Las mujeres llevaban cintas de oro y ornamentos con forma de hoja en el cabello, así como peines, pendientes y gargantillas. Algunos cadáveres tenían objetos tanto de hombre como de mujer (uno era de hombre, otro de mujer).<sup>7</sup>

La tumba mejor conservada pertenecía a una mujer identificada, gracias a su sello cilíndrico de lapislázuli, como Pu-abí;<sup>8</sup> el primer indicio de su existencia fue una antecámara donde yacían los cuerpos de cinco hombres armados con dagas de cobre en la cintura. Debajo de una capa de esteras se encontraron los esqueletos de diez mujeres dispuestos en dos hileras, adornados con tocados y collares de oro. Cerca de ellas se hallaron los restos de un arpa bellamente decorada, cuyo marco estaba rematado por una cabeza de toro, elaborada en oro y con barba de lapislázuli. Más abajo Woolley encontró un carro suntuosamente decorado, los esqueletos aplastados de dos bueyes y un hermosísimo ajuar funerario, consistente en un tablero de juegos de lapislázuli y marfil, herramientas y armas de oro, cuencos de esteatita y platos de cobre, así como vasijas, jarras y vasos de oro y plata.

Un arcón de madera con incrustaciones, que quizá había contenido ropas, ocultaba un hueco en el suelo que conducía a otra cámara funeraria con sus propios túneles de entrada y antecámara; ésta contenía los cuerpos de seis hombres y diecinueve mujeres, animales de tiro, el mismo tipo de ofrendas lujosas, una lira y una maqueta de embarcación en

7. Pollock (1991).

8. El nombre solía leerse «Shub-ad».

plata. La tumba había sido profanada y parcialmente saqueada; contenía el cadáver de un hombre identificado, gracias a su sello cilíndrico, como A-kalam-dug, rey de Ur. La tumba de la reina Pu-abí se encontraba detrás; aunque el techo abovedado había sido horadado, por lo demás estaba intacta. El cuerpo de la reina yacía en un féretro de madera; había una copa de oro cerca de su mano y su pecho se hallaba completamente oculto por una masa de cuentas de oro, plata y piedras preciosas, restos de mantos con incrustaciones y adornos. El tocado de oro que había llevado sobre una enorme peluca acolchada seguía rodeando el cráneo aplastado; constaba de colgantes en forma de hoja de los que pendían cintas y bandas, además de un adorno en forma de peineta rematado por estrellas de cinco puntas. La señora Woolley invirtió cierto tiempo en modelar el rostro de una de las cabezas de mujer mejor conservadas de la historia, que se convirtió en el centro de una exposición museística que mostraba la cabeza de la reina adornada con la reconstrucción de sus joyas funerarias originales.<sup>9</sup> Junto a la reina se encontró una segunda diadema, que había sido una tira de piel con miles de cuentas de lapislázuli cosidas y con incrustaciones de animales en miniatura de oro y escarapelas. Otros dos cuerpos de mujer yacían encogidos junto al féretro, y en toda la cámara había numerosas ofrendas, como colorante cosmético en conchas. Woolley consideró que en primer lugar se enterró al hombre y que la tumba de Pu-abí se situó encima.

Otra tumba pertenecía a un tal Meskalamdug, de quien se decía que había sido rey (**lugal**). Llevaba un casco de oro con forma de peluca, que ahora se encuentra en el museo de Irak. Una fosa cuyo dueño no pudo identificarse contenía setenta y cuatro cuerpos lujosamente vestidos, de los cuales sesenta y ocho eran mujeres; cerca de todas había una lira. Así es como Woolley describió la escena:

Estaban dispuestas en hileras regulares sobre el suelo; todas yacían de costado, con las piernas ligeramente dobladas y las manos cerca del rostro. Los cuerpos se hallaban tan próximos que las cabezas de unos descansaban sobre las piernas de los de la hilera superior. Aquí se observaba con mayor claridad... la pulcritud con que se habían dispuesto los cuerpos, la completa ausencia de indicios de violencia o de terror.<sup>10</sup>

9. La actual exposición del museo no muestra los rasgos faciales.

10. Woolley (1952), pág. 46.

Aquí se descubrió el famoso Estandarte de Ur, con sus bandas separadas que representan escenas de guerra y de paz, así como las figuras de dos machos cabríos que Woolley bautizó como «carnero atrapado en un matorral». La cuestión de cómo murieron las personas halladas en las antecámaras se ha discutido ampliamente. Según Woolley, «lo más probable es que las víctimas llegasen por su propio pie al lugar, ingiriesen cierto tipo de droga —como opio o hachís— y se tumbasen en orden; cuando la droga había surtido efecto, tanto si éste era el sueño o la muerte, se daban los últimos retoques a los cuerpos y se sellaba la fosa».<sup>11</sup> Fragmentos de ropa mostraban que las mujeres vestían prendas de lana de manga larga y color rojo intenso, lo que llevó a Woolley a imaginar que

debía ser una multitud alegremente vestida la reunida en la fosa abierta flanqueada por esteras, dispuesta para los obsequios reales; sus ropas color escarlata, la plata y el oro, formaban un resplandor de color; es indudable que estas personas no eran esclavos miserables ejecutados como los bueyes, sino personas honorables que vestían prendas dignas de su cargo y entraban voluntariamente, o así lo espero, en un rito que, según sus creencias, las llevaría de un mundo a otro, del servicio de dios en la tierra al servicio del mismo dios en otra esfera.<sup>12</sup>

Éste es un buen ejemplo del poder que pueden asumir los hilos narrativos en la valoración arqueológica. Woolley basó su teoría de las víctimas del sacrificio en observaciones circunstanciales para hacer encajar los datos. Señaló que los cuerpos no podían haberse trasladado después de la muerte sin descolocar los delicados adornos y que había un gran caldero de cobre en las proximidades, en apariencia relacionado con las copas que se habían entregado a todos los difuntos (presumiblemente para facilitar la muerte por envenenamiento). Si se examinan con mayor detenimiento, ninguna de estas «pruebas» se sostiene: el traslado de cadáveres después del entierro es una práctica bien conocida en numerosas culturas, sobre todo en la zona mediterránea, y la incapacidad de Woolley para ni tan siquiera concebir tales costumbres se debe tanto a la sensibilidad victoriana hacia la muerte como a su falta de conocimientos etnográficos. Cyril Gadd propuso otra imaginativa teoría para

11. *Ibid.*, pág. 47.

12. *Ibid.*, pág. 50.

explicar los motivos del sacrificio: los cuerpos pertenecían a sacerdotes y sacerdotisas que habían asumido el papel de dioses y diosas para celebrar un ritual matrimonial sagrado.

Sencillamente, no se sabe con certeza lo que sucedió en las «fosas de la muerte».<sup>13</sup> Sin embargo, se han propuesto interpretaciones alternativas, en parte basadas en recientes investigaciones de los esqueletos, las notas de la excavación original y paralelismos antropológicos. En primer lugar, los calderos y las copas eran habituales en los yacimientos funerarios del período protodinástico. Probablemente se usaban para realizar rituales de libación y no estaban necesariamente relacionados con la ingesta de veneno. Asimismo, la acusada descomposición de los esqueletos hace que cualquier afirmación referente a cómo murieron no sea más que pura especulación. También es evidente que los entierros de hombres y mujeres no pertenecen al mismo período, aunque todos se incluyan en un margen temporal relativamente reducido. Petr Charvát ha sugerido recientemente (1993) que también es necesario considerar el contexto sociológico, sobre todo porque el suntuoso ajuar funerario y la compleja arquitectura de las principales tumbas indican que debieron pertenecer a personas de elevada posición social dentro de la comunidad. No encuentra «obstáculos para proponer que el enterramiento principal debió rodearse de cadáveres “guardados para la ocasión”, pertenecientes a personas que deseaban fervientemente reposar cerca de otras cuyo carisma e importancia eran reconocidos por toda la comunidad».<sup>14</sup> Por consiguiente, interpreta los sacrificios voluntarios de Woolley como entierros secundarios y explica la presencia de «sirvientes» funerarios como motivada por un deseo de demostrar lealtad más allá de la vida. Un examen más atento ha revelado que algunos cuerpos habían sido manipulados antes de ser enterrados por segunda vez.

Otro tema de interés propuesto recientemente es el *status* de la mujer según se infiere de las tumbas de Ur.<sup>15</sup> Aunque los esqueletos desenterrados por Woolley no fueron examinados por especialistas y algunas atribuciones de género sean dudosas, es indudable que en el cementerio del período protodinástico IIIa se habían enterrado más mujeres que hombres. Un estudio del ajuar funerario y los bienes personales de los difuntos muestra que expresaban diferencias de sexo.

13. Véase Charvát (1993), págs. 306 y 307.

14. *Ibid.*, pág. 30.

15. Pollock (1991).

Ciertos objetos hacían que un cuerpo fuese culturalmente hombre o mujer. Sin lugar a dudas, la femineidad tenía importantes connotaciones y algunas mujeres ocupaban una posición de importancia en la vida pública; el título *nin*, como se denominaba, por ejemplo, a Pu-abí, era un cargo femenino de gran importancia que probablemente implicaba una relación muy próxima con la esfera religiosa.<sup>16</sup> Otros objetos de la indumentaria femenina también se han relacionado como «insignias de un cargo». Asimismo, cabe recordar que tanto los hombres como las mujeres tenían derecho a que se les diera sepultura en entierros secundarios (de «partidarios»). Parece ser que, al menos en contextos ceremoniales, ciertas mujeres se consideraban especialmente poderosas y su elevado rango provenía más de su posición profesional que de una posición familiar como hermana o esposa de un hombre poderoso. Este hecho reviste una importancia considerable; al parecer, al menos en Ur, era posible que algunas oficiantes lograran una considerable influencia política y religiosa, un punto que se tratará más adelante.

#### EL REINO PROTODINÁSTICO DE UR

La última fase del período protodinástico (siglo XXIV) muestra la existencia de una sociedad completamente jerarquizada, algo que parecen corroborar la iconografía de los sellos y el Estandarte de Ur, así como los indicios que sugieren una especialización profesional en distintas instituciones, desde la administración hasta el ejército, que poseían diferentes distinciones según el rango. Las dieciséis «Tumbas reales» podrían ser «la codificación de la estructura social en señales visibles»,<sup>17</sup> pero cualquier reconstrucción del tejido social siempre debe considerarse aproximativa. Tan sólo puede decirse que la élite de Ur disponía de recursos considerables y se cuidaba de justificar su posición mediante la participación en rituales públicos que otorgaban una especie de sanción sobrenatural a su posición social. La iconografía de los sellos, sobre todo de los que representan escenas de banquetes, que solían celebrar las mujeres, sugeriría que el festín ritualizado se practicaba y poseía una gran importancia cultural.

vincial) nombrado por el rey. El **ensi** era responsable de mantener la estabilidad y recaudar los impuestos, de los que debía responder ante el rey. Las ciudades se integraban en un Estado centralizado e incluso las propiedades de los templos estaban controladas por la autoridad gubernamental.

### *Ur como capital*

Los prolongados reinados de los dos primeros gobernantes de la dinastía Ur III (Ur-Nammu reinó durante dieciocho años, su hijo Shulgi durante cuarenta y siete) contribuyeron a la eficaz puesta en práctica de reformas y cambios administrativos. La ciudad de Ur se convirtió en la capital de este próspero imperio y, como sede de la dinastía gobernante, fue el primer centro de sus actividades constructivas. En realidad, puede afirmarse que la actual apariencia de las ruinas, excavadas por Woolley y restauradas por el Departamento Iraquí de Antigüedades, refleja adecuadamente la gloria de la tercera dinastía.

El enorme zigurat, el ejemplo mejor conservado de esta típica construcción mesopotámica, es el que construyó Ur-Nammu y completó su hijo y sucesor Shulgi (2094-2047). Lo rodeaba su propia muralla y estaba orientado hacia los puntos cardinales. Se construyó en tres etapas, de forma similar a un enorme castillo de arena, una sucesión de pisos en que el superior siempre era algo más pequeño que el inferior. El núcleo era de ladrillo de barro y probablemente incluía las ruinas de una construcción anterior; estaba revestido por una capa de ladrillo cocido y betún de 2,4 m de grosor, que lo protegía de la erosión. La planta inferior mide 61 x 45,7 m a nivel del suelo, pero su extremo superior es algo más estrecho porque las paredes no son verticales, sino que están levemente inclinadas para proporcionar más estabilidad. Tiene 15 m de altura.

Sólo se conservan algunos metros del segundo piso. Se accedía a él por tres rampas; la central ascendía desde el suelo en ángulos rectos por la cara exterior y tenía rampas laterales a ambos lados, paralelas al cuerpo del zigurat. No se sabe con certeza cómo continuaban ni el número original de plantas, tampoco si había un templo elevado en la última plataforma. La enorme estructura se construyó con gran meticulosidad y contaba con amplios desagües. Woolley también descubrió que el enladrillado estaba reforzado y aislado con gruesas capas de esteras de caña, que supuestamente repartían de forma más equilibrada el peso de

los ladrillos y absorbían la humedad procedente del núcleo de la construcción.

El zigurat, elevado en su propia plataforma y rodeado por muros dobles, tuvo que ser una visión impresionante que sobresalía de las murallas de la ciudad. Su nombre sumerio era **é-temen-ní-gùr-ru** («casa cuyos cimientos están revestidos de terror»). Woolley creía que los terraplenes no estaban pavimentados, sino plantados con árboles, como «jardines colgantes» en los que los huecos del revestimiento de ladrillo cocido servían de desagüe y también permitían subir agua. La estructura tipo «monte cubierto de pinos» le sugirió que la concepción original del zigurat era una «montaña de Dios»;<sup>43</sup> así apoyaba la teoría de que «la tierra natal» de los sumerios era una «región boscosa y elevada», por lo que, tras su llegada al paisaje llano de la Baja Mesopotamia, tuvieron que construir «el lugar elevado que la naturaleza no proporcionaba utilizando ladrillo en lugar de piedra y cieno (betún) en lugar de mortero».<sup>44</sup> Hay escasas pruebas arqueológicas de la existencia de jardines en los zigurat; mantener cualquier tipo de vegetación en un lugar tan expuesto requeriría un ingenio y un trabajo de mantenimiento considerables; tampoco nada en la literatura mesopotámica parece evidenciar tal práctica. También son escasas las probabilidades de que el zigurat pretendiera imitar o evocar una montaña natural. Por el contrario, la estricta orientación hacia los puntos cardinales, ciertas características arquitectónicas como la articulación regular y rítmica de nichos y contrafuertes en la fachada y las complejas escaleras realzan la artificialidad de la construcción. El zigurat representa también un paso más en la antigua costumbre de colocar una plataforma sobre otra, de encajar y elevar cimientos a niveles incluso más elevados. Se ha señalado que en las zonas propensas a las inundaciones también se trataba de una solución práctica; los santuarios elevados debían ser una vista tranquilizadora, ya que eran lugares altos y, por tanto, seguros, no tanto para la población como para la protección de sus dioses, de cuya benevolencia dependía toda existencia. Asimismo, permitían que los representantes de la humanidad se aproximaran a la esfera celestial.

Se desconoce hasta qué punto se utilizaban también como observatorios para realizar experimentos astronómicos, como sostiene otra apreciada teoría. En el contexto de la ciudad meridional los zigurat eran

43. Woolley (1952), pág. 96.

44. *Ibid.*, pág. 92.

tan urbanos en lo que respecta a sus connotaciones como un horizonte de rascacielos en nuestra época. En nuestro mundo capitalista, los rascacielos alojan empresas corporativas y simbolizan el dinamismo empresarial; sus laterales rectos y su casi invisible estrechamiento subrayan los valores democráticos. En Mesopotamia, el zigurat sugiere valores eternos y un orden social jerárquico. Sus amplios cimientos descansan firmemente en el suelo y su ascenso es lento y procesional, con cientos de peldaños en amplias rampas que conducen a la plataforma más elevada. ¡Los rascacielos sólo fueron posibles tras la invención de los ascensores! El zigurat también era funcional. Aunque su interior era sólido e inaccesible —no era hueco—, incorporaba el carácter sagrado de los edificios previos, también, a su vez, cercados y protegidos. Como estructura arquitectónica su propósito era enteramente ceremonial, la más pura expresión de la arquitectura monumental urbana en Mesopotamia.

A Woolley, empapado en imaginaria bíblica, el zigurat le sugería la visión «de Jacob ante una escalera celestial por la que subían y bajaban los ángeles», pues el arqueólogo imaginaba «sacerdotes vestidos con togas que subían y bajaban la estatua y el emblema de Nannar por la triple escalera recortada contra un fondo de ladrillos coloreados». <sup>45</sup> Su espectacular evocación no iba tan desencaminada, pues algunos textos describen, aunque brevemente, la celebración de ritos en el zigurat y, además, sobre los tejados planos del templo. Si, como he expuesto, los espectáculos para las masas y los rituales públicos eran de crucial importancia para la experiencia colectiva de la ciudad y, a la sazón, de todo el país, no es de extrañar que los fundadores del primer Estado coherente y centralizado construyeran zigurats, y no sólo en Ur, aunque naturalmente los más grandes e importantes se erigían en la capital. La cercana Eridu también renació; fue Amar-Sin, nieto de Ur-Nammu,

45. *Ibid.*, pág. 97. Una escalera aparece en la estela de Ur-Nammu, un bloque de piedra con forma de arco de 3,5 m de altura (actualmente en el Pennsylvania University Museum). Está dividida en cinco registros horizontales y muestra a Ur-Nammu recibiendo el consentimiento divino a su obra de construcción. Primero presenta una petición al dios, que aparece sentado en su trono; a continuación Nannar y Ningal le obséquian con la cuerda y la vara de medición. Otra imagen muestra al rey cargando las herramientas de un constructor, ayudado por un sacerdote. El resto se ha perdido, a excepción de una escalera apoyada contra una pared y unos pies junto a ella. Este monumento fragmentario sitúa la actividad constructiva del rey dentro de un contexto teológico que implica el acceso a la orden y la asistencia de los dioses. Véase

quien construyó el zigurat de la ciudad. En términos de semiótica social, estas estructuras también encajaban en su época, ya que la disposición en gradas del zigurat podría entenderse como un gran símbolo tridimensional de una sociedad jerárquica cuyo nivel superior rozaba los dominios de la divinidad. <sup>46</sup>

Aunque es el rasgo distintivo más visible, el zigurat sólo era una parte del recinto ceremonial religioso de Ur. Como se ha mencionado, toda el área se extendía sobre una plataforma artificial rodeada por una amplia muralla de ladrillo (de más de 22 m de grosor y 8 m de altura) cuya cara exterior estaba muy inclinada (45°). Los contrafuertes planos repetían la articulación rítmica del zigurat, lo que subrayaba la unidad conceptual del recinto sagrado de Ur. El lado noroeste estaba dedicado al dios-luna Nannar; comprendía el patio, cercado por un doble muro con una fachada con contrafuertes y una enorme torre de entrada. Junto a él se hallaba un gran edificio cuadrado denominado el Enunmah, cuyo propósito no se conoce con certeza; quizá sirviese de tesorería.

### *El Gipar y Ur en la historia posterior*

El lado sureste, consagrado a Ningal, esposa de Nannar, estaba formado por un edificio colosal y complejo conocido como el Gipar. Es uno de los monumentos más interesantes de Ur, principalmente por su importancia para la vida religiosa de la ciudad. <sup>47</sup> Es probable que esta estructura del período Ur III se construyese sobre un edificio anterior que podría remontarse al período protodinástico: se han hallado restos de muros con los característicos ladrillos planoconvexos. Puesto que se sabe que el Gipar ya se utilizaba durante el período acadio, pues Enheduanna (a quien sucedió Enme-Nannar, hija de Naram-Sin) residía en el recinto y después Ur-Bau de Lagash instaló allí a su sacerdotisa-en, el edificio se habría usado continuamente hasta principios del período Ur III, época en que se amplió y reestructuró por completo.

Según el procedimiento tradicional, los constructores empezaron erigiendo una plataforma sobre las estructuras anteriores. Encima de ésta, ocupando toda la superficie, construyeron otra subestructura,

46. Aunque basadas en una conceptualización distinta, las pirámides de Egipto tienen connotaciones similares.

47. Véase Weidrock (1975).

donde se trazó el plano completo del edificio con muros gruesos y bajos de ladrillo de barro. Este espacio se rellenó y explanó y sobre él levantaron las verdaderas paredes. Algunas hendiduras inscritas en la puerta nombran a Ur-Nammu como constructor. Su nieto Amar-Sin contribuyó en los acabados, por ejemplo con las puertas.<sup>48</sup> Cercado por un muro con numerosos contrafuertes, similar al de otras construcciones del recinto, su interior estaba dividido en dos partes por un pasillo que lo recorría longitudinalmente. La disposición interna la formaban patios rodeados por habitaciones de diferentes tamaños. Éstas poseían todas las características de la arquitectura doméstica, así como áreas de servicio que incluían amplias zonas de almacenamiento, instalaciones para cocinar y otras comodidades no religiosas. El edificio no sólo servía como residencia principal de la sacerdotisa-en y sus numerosos sirvientes y séquito; era también la residencia de la diosa Ningal, que tenía sus propias «habitaciones» casi paralelas a las de la en. El patio central estaba rodeado por estancias destinadas a múltiples funciones, al igual que sucede en una vivienda privada; había recipientes de almacenamiento, un archivo que detallaba las cuentas de la propiedad y la *cella*, o sala de culto, cuya antecámara se correspondía exactamente con una sala de recepciones. Aquí la estatua de la diosa estaba situada encima de una tarima elevada.

Además de este establecimiento divino había otras instalaciones rituales cercanas a las viviendas de la sacerdotisa y, como se sabe gracias a los textos, se esperaba que ésta dedicase parte de su tiempo a «orar por la vida del rey». Las excavaciones han demostrado claramente que este edificio siguió utilizándose de forma intermitente mucho después de Ur III. En el período que siguió al cambio de dinastía, el papel de la en (*entu* en acadio) era tan importante que incluso existió un culto a las sacerdotisas muertas cuyas tumbas se hallaban en el interior del Gipar; algunas seguían recibiendo regularmente ofrendas especiales unos sesenta años después de su fallecimiento.<sup>49</sup> Cabe mencionar que, según los ladrillos grabados, la restauración exhaustiva del edificio la llevó a cabo una sacerdotisa-en, Enannatum, hija de Ishme-Dagan de Isin (hacia 1953-1935 a.C.).

A partir de entonces el Gipar pasó por períodos sucesivos de decadencia y restauraciones hasta que finalmente la institución cayó en el ol-

48. *Ibid.*, pág. 166.

49. *Ibid.*, pág. 104.

vido. Sólo renació una vez más durante la última fase de la independencia de Mesopotamia; fue en el curso de las iniciativas llevadas a cabo por el último rey babilónico, Nabónido (555-539), para revitalizar los templos e instituciones que habían caído en desuso, algo que sólo conocemos por las extensas inscripciones del monarca que describen la empresa. Según reza en las inscripciones, a la sazón nadie recordaba a aquellas sacerdotisas y el rey sólo las descubrió gracias a una antigua inscripción que había dejado Nabucodonosor I (1126-1105), donde se describía a una sacerdotisa y se enumeraban sus atavíos y pertenencias.<sup>50</sup> En su búsqueda de autenticidad, Nabónido copió los ropajes y los atributos para su hija Ennigaldinanna, que sería la última sacerdotisa-*entu*; ésta tenía en el Gipar una colección de antigüedades, consistente en ladrillos grabados y ofrendas votivas. Al revivir o, mejor dicho, reinventar un antiguo oficio, esta princesa babilónica fue la última de una larga línea de mujeres, iniciada con Enheduanna en el siglo XXIII, que mediaron entre las aspiraciones políticas de sus padres y las intemporales exigencias de los dioses.

#### *La monarquía de Ur III: los himnos reales*

Aunque las antiguas inscripciones reales acadias, que seguían visibles en las estatuas de Nippur, fueron estudiadas y transmitidas en los círculos de escribas, no constituyeron el modelo de las inscripciones reales de Ur III. Tal vez la desintegración del imperio acadio, los largos años de dominación extranjera y la lucha por superar las tendencias separatistas de las antiguas ciudades militaron en contra de la glorificación oficial del poder político y militar. También cabe recordar que el nuevo «imperio» operaba desde dos ciudades tradicionales de la Baja Mesopotamia: Uruk, la tierra natal de la dinastía, y Ur, la nueva capital. La larga tradición de formas locales de gobierno en ambas ciudades influyó en el aspecto externo y en el lenguaje de la realeza de la época. Por tanto, no es sorprendente que los reyes de Ur III subrayaran su papel religioso y ceremonial y reinterpretasen altos cargos del sacerdocio para así reforzar sus propias funciones sacerdotales.<sup>51</sup>

50. *Ibid.*, pág. 112.

51. Véase, más recientemente, Steinkeller (1991), págs. 106 y sigs., sobre todo las págs. 126 y sigs.